

presenta varios pasajes ignorados de su epistolario personal y que ayuda a colocar la novela póstuma en el contexto de la crisis intelectual del autor. Por su parte, Antonio Cornejo Polar lo encuadra en el doble marco de la literatura peruana y de la cultura andina. Subraya, por un lado, la estructura dicotómica —realmente fracturada— de su visión y, por otro, su conciencia de funcionar como un puente o nexo entre las dos culturas que, opuestas, conviven en el Perú. En el caos y la desigualdad de la sociedad nacional, Arguedas se esfuerza por mantener viva la utopía regeneradora, intento de salvación personal y colectiva que queda al final truncada. Roland Forgues ofrece su propia versión de esta misma disyuntiva, pero la interpreta desde un ángulo más político que literario. No le falta razón cuando señala las diferencias que separaban a Arguedas de la izquierda peruana, y que, pese a las declaraciones y adhesiones ideológicas de sus últimos años (a la revolución cubana, a la lucha agraria de Hugo Blanco, etc.), sus razones eran «mucho más afectivas que teóricas» (p. 315). Habría que agregar que esa debilidad teórica es común a gran parte de sus pronunciamientos políticos: las demandas de la hora siempre exigían de él algo que expresaba mucho mejor por vía estética. La breve nota sobre «el destino de la obra» de la profesora Fell es una puntual revisión de cómo ha evolucionado la valoración crítica del texto en cuestión.

Las lecturas críticas de la novela son cuatro. La de Lienhard vincula *El zorro...* a la novela urbana de vanguardia, con la que comparte las técnicas de fragmentación y yuxtaposición, que reproducen la concentración y el caos humano de la metrópolis. Pero agrega algo más, a lo que me he referido al comienzo: la presencia de lo mágico, que postula la posibilidad de un orden en medio de la asfixiante confusión urbana. A William Ro-

we le interesa sobre todo el nivel simbólico del texto: el que configuran la luz y el sonido, el erotismo y la constante presencia de la muerte, el horizonte mítico enfrentado a las leyes de hierro del capitalismo, etc. José Luis Rouillón se concentra en la simbología de raíz cristiana que permea el texto; estudia el «eje vertical» y el «eje horizontal» apuntados por Escobar en la novela; y atiende a la presencia de valores como el de la solidaridad y el de la caridad. La de Edmundo Gómez Mango es una lectura psicoanalítica, según la cual la novela es un intento de exorcizar la muerte conjurando otra vez las agotadas fuerzas de la creación y el vigor del quechua materno. «Inventar una *lengua nueva* para resucitar, re-animar una lengua maternal ya muerta» (p. 368), es un esfuerzo desesperado por salvar algo del impulso autodestructor que lo domina.

Al final se agregan una serie de valiosos documentos del escritor asociados a su etapa final, y una bibliografía activa y pasiva preparada por la coordinadora. Todo esto hace de su edición un trabajo exhaustivo y coherente sobre una obra de extraordinaria complejidad. Pero aunque sea difícil superar este trabajo por su devoción, rigor y variedad de enfoques, me temo que la tarea de interpretación de la novela no termina aquí. Hay muchas claves privadas y oscuras que permanecen enterradas en el texto, cuya dificultad reside en que eran también ambiguas y contradictorias para el propio Arguedas. Son el testimonio de su lucha por hacer que la emoción humana que traspasaba su obra, fuese primero una vía de revelación y luego de comunión profunda con el mundo perdido junto con su infancia andina. Pocas novelas de nuestra lengua pueden superar el sentido trágico de ésta.

José Miguel Oviedo



Intimidad y circunstancia

Dos enfoques de la obra de Antonio Machado

La intemporalidad de la obra de Antonio Machado proviene de una combinación poco frecuente en la poesía española: su temporalidad («poesía es palabra en el tiempo» o «diálogo del hombre con su tiempo»), nutrida de la realidad difícil de la España del primer tercio de siglo, y su inmanencia derivada de la profundidad con que penetra en los más oscuros rincones del «alma» humana (una «honda palpitación del espíritu»), indagación que se ve cruzada por un impulso cívico regenerador lejano al quietismo arcaico, lleno de contradicciones y no exento de elogios a la tradición, de buena parte de sus coetáneos.

Desde ese punto de vista, Machado es una «rara avis» influida en sus comienzos por el modernismo, desplazada del 98, poco acorde con los impulsos estetizantes novecentistas y lejana a las tendencias innovadoras del 27. Es poeta de una singularidad extrema, sobre el que se han vertido ríos de tinta y cuya obra permanece, medio siglo después de su muerte, con la fuerza de lo perdurable por encima de los avatares históricos y de las modas del momento.

Tal vez por ello sea la suya una poesía sobre la que los estudiosos vuelven de modo casi obsesivo. Su aparente sencillez oculta una honda complejidad y los caminos que a partir de ella se pueden transitar son casi infinitos.

Dos son los trabajos recientemente aparecidos. Y con dos enfoques diferentes. Mientras el de Joaquín Verdú de Gregorio¹ indaga en los aspectos más escondidos, más vinculados con la intimidad del poeta, el del italiano Antonio Barbagallo² recorre las zonas más vinculadas con lo histórico —y, por derivación, con lo social—, aunque sin desestimar algunas de las claves interiores —la soledad, Dios, etc.— que la recorren.

Los íntimos senderos de la poesía

Joaquín Verdú de Gregorio (Almería, 1941) ha elaborado un minucioso trabajo en el que la obra del poeta es desmenuzada a la luz de sus componentes menos históricos y, en consecuencia, más vinculados a las zonas más inmanentes y ocultas del proceso de creación. También a los espacios menos accesibles a una concepción puramente cívica —o social, o histórica— de la poesía. El ensayo parte de un estudio/resumen de los factores externos —crisis del 98, Primera Guerra Mundial, quiebra de los presupuestos y de los valores culturales sedimentados a lo largo del siglo XIX en España— y de la inmersión del poeta en las corrientes filosóficas de finales del siglo pasado y de principios de éste (Heidegger, Kierkegaard, Unamuno, Nietzsche, Bergson) como materiales que contribuyen a su visión del mundo. Si bien no parece totalmente exacta la adscripción —presentada como incuestionable por Verdú de Gregorio— de Machado al 98 desde el punto de vista de su actitud ética y de su trayectoria cívico/política, que parte del liberalismo progresista hasta acampar en una suerte de populismo radical en su última etapa, siguiendo una trayectoria sólo asimilable con la de Valle —la adscripción cronológica no es discutible por obvia—, no es menos cierto que el «clima», el contexto en que viven los miembros de la generación es el sustrato sobre el que Machado construye su cosmovisión.

¹ Antonio Machado: soledad, infancia y sueño. *Joaquín Verdú de Gregorio*. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1990.

² España, el paisaje, el tiempo y otros temas, en la poesía de Antonio Machado. *Excma. Diputación de Soria*. Soria, 1990. Tesis doctoral presentada a la Escuela Española de Middlebury College en 1985.

Este punto de partida no obsta para que el ensayo suponga una contribución importante al conocimiento de la obra del poeta y para romper con la excesiva propensión de los analistas a valorar más el Machado ético, el Machado hombre, que el Machado escritor. El estudio de Verdú de Gregorio busca las parcelas más íntimas del universo machadiano, resaltando de modo especial la capacidad universalizadora de su palabra —la busca del ser universal, originario y trascendente a la vez— y los vínculos perceptibles entre la evolución de su obra y los mecanismos inconscientes que activa el comportamiento humano en su vertiente más simple y compleja al tiempo: el acto de creación artística.

El territorio de la infancia como expresión de un peculiar reencuentro con la claridad iniciática, con lo ancestral, con un mundo sin condicionantes, aunque en el libro ocupe sólo un capítulo, es un río subterráneo que emerge a lo largo de la obra machadiana y, por pura coherencia, en los sucesivos apartados del ensayo. El autor acierta plenamente al resaltar que Machado es el primer poeta español en el que la niñez ocupa un espacio esencial de su poesía, enlazando, en ese sentido, con los poetas anglosajones y franceses, que venían trabajando ese «filón» desde el siglo XIX. *Estos días azules y este sol de la infancia*: este sereno y patético final de su producción literaria, escrito en el Collioure del exilio y de la muerte, no viene sino a confirmar estas apreciaciones, a mi juicio nodales, en el libro de Verdú. El ser, el tiempo, el camino, el sueño, el inconsciente, la luz y la sombra, el espacio (Soria, Sevilla, Baeza...), el amor en las distintas fases de la vida, la soledad, la muerte, factores que forman parte de la subjetividad más extrema, son tamizados por la historia, por la circunstancia que diría Ortega, y pasan a formar parte de la recámara sobre la que se levantan sus versos. Sintetiza Machado, trocándolas en materia poética, las preocupaciones más trascendentes del pensamiento de su tiempo. Unas preocupaciones que si bien afloran abiertamente en los escritos de sus apócrifos Abel Martín o Juan de Mairena o en sus prosas más coyunturales, adquieren en su poesía una dimensión totalizadora, intensa y concentrada.

Penetrar en los resortes inconscientes; establecer la lógica interna del poema a la luz de la racionalidad de las corrientes filosóficas que se nutren de la búsqueda del ser único/universal a través de la palabra; diseccio-

nar la función que desempeñan cuantos materiales contribuyen, de modo directo o por derivación, a la gestación del poema; ensamblar la trayectoria vital del escritor con sus impulsos creativos, fruto tanto de la experiencia histórica como de la meditación o la vivencia íntima. Un recorrido difícil, lleno de derivaciones y, por ello, resbaladizo y proclive a ser tratado desde una óptica en la que se imponga la subjetividad, que Verdú de Gregorio recorre sin desfallecer y en la que el recurso a la psicología (Freud, Jung, Laing), a las reflexiones de filósofos posteriores (Zambrano, Trías, José Jiménez) y no sólo coetáneos como apoyatura de su análisis, así como a la obra de otros poetas, ayuda a un mejor conocimiento del legado literario de uno de los más importantes escritores de este siglo. Estamos, en definitiva, ante un ensayo que pone en evidencia una vez más la hondura, la complicada urdimbre, de una obra que ha sido, desde que viera la luz, el paradigma de la sencillez. Y del compromiso con el hombre en el sentido más profundo.

El predominio de la *circunstancia*

Otro es el planteamiento del crítico italiano Antonio Barbagallo (Trecastagni, 1949), aunque penetre en algunos de los aspectos que Verdú de Gregorio aborda —el tiempo o el paisaje—. Su perspectiva se alimenta, ante todo, de la temporalidad histórica, de la visión de la obra del poeta como materia generada desde su condición de ser circunstancial, en el sentido orteguiano.

Los libros *Soledades* y *Campos de Castilla* son los ámbitos textuales sobre los que levanta su estudio. Espacios literarios que tienen, a juicio del autor, un referente concreto, un territorio construido a través de los siglos por la acción del hombre: España. Su realidad actúa en la obra machadiana no sólo como telón de fondo, como «escenografía», sino como factor condicionante, como sustrato histórico inevitable, aunque alejado tanto de las concepciones patriótico-nostálgicas que impregnaron no pocas de las elaboraciones noventayochistas como de la pura valoración estética ambiental o paisajística retrospectiva. La España de Machado, para Barbagallo, es una España compuesta por hombres concretos, por ciudades y campos en decadencia, una España que tuvo un innegado —aunque discutible en sus consecuencias— esplendor.